

arguye admirablemente San Chrysoftomo. (tom. 5. hom. 3.) Si tanto encargas al otro el secreto, no fuera mejor sin encargarlo, que lo guardaras tú? *Si illum, ut nemini dicat rogas, quanto magis te priorem huic non dicere oportebat.* Encargas el secreto, porque en el otro será culpa el decirlo; luego ya tú con ese mismo decirlo confiesas tu culpa; y si tú no lo has podido callar, ¿cómo quieres que lo calle el otro? Tiene cada uno, dice Seneca, su confidente, à quien le descubre su pecho, éste descubre el secreto à aquel, aquel al otro, y así viene à parar, como tantas veces decís, en que mayor secreto lo sabe uno de cada casa, y lo saben todos en secreto: *Habet unusquisque aliquem, cui tantum credit quantum ipsi creditum est, sic, quod modo secretum erat, rumor est.* (Epist. 105.) Así se vén las honras como se vén, así las discordias, así las inquietudes, y así los daños. Lo que no quieres que lo sepan muchos, no lo digas à nadie.

Però esta facilidad, (havrélo de decir) es mas frecuente en las mugeres; allá lo verán con sus almas. *Ab ea, que dormit in sinu tuo custodi, clausura ori tui,* nos aconseja el mismo Dios: Mira, hombre, como descubres à tu muger tus secretos. Apenas hay secreto, que si lo sabe una muger, no se haga luego público de un estrado en otro. Aun los secretos propios, los que mas les importan, los charlan, los cuentan, los dicen; ¿tan poco escrupulo en lo que puede ir la honra? Tan poco reparo en lo que vá el alma? De las Anferes, dicen los Naturales, que à la mudanza de tiempo, viendose obligadas à pasar por el Monte Tauro, que está lleno de Aguilas, temerosas de caer en sus garras, y que las descubran sus graznidos, qué hacen? Toman una piedrecilla en el pico; y en el silencio de la noche pasan volando sin chistar. (Pierius l. 24.) Callar que importa: así se escapan. ¡Oh, à cuántas Anferes racionales les estuviera bien à ratos tener una piedrecilla en el pico! De Papyrio Pretextato, refiere Macrobio, (lib. 1.) que siendo niño de poco mas de doce años, fue con su padre, que era Senador de Roma, al Senado. Tratose no sé que punto, que debió de ser de importancia, por lo qual tardaron mas de lo ordinario. Volvieron à casa à deshora, y la madre de Papyrio, tan curiosa como muger: Ven acá, hijo, ¿qué han tratado hoy, que tanto se han detenido? El muchacho temeroso del gran rigor que havia en Roma sobre el secreto del Senado, rehusaba el decirlo; però esto mismo era espuela à la curiosidad mugeril. Instábale ella, y él callaba, hasta que yá à los ruegos, à las caricias, y aun à las amenazas, por verse libre, la engañó el bellacuelo con esto: Señora, yo os lo dixera, però me haveis de guardar gran secreto. Sí, hijo, yo lo callaré, dimelo, dimelo. Pues ha havido gran controversia, sobre si sería conveniente, que un marido tenga dos, ò tres mugeres, ò no; sino al contrario, que una muger tenga dos, ò tres maridos. ¿Há visto? Y qué han determinado? No, no han determinado nada,

porque hubo grandes porfias, y se ha quedado suspenso para determinarlo mañana. ¿Eso hay? Yo callaré. No hubo dexado al chicuelo, quando criados ván, criados vuelven, recados ván, recados vienen à todas las principales Matronas de Roma: Mira, dile à Doña Fulana, que debaxo de todo secreto la aviso, que mañana se trata esto en el Senado, que será conveniente, que nos juntemos todas, y vamos allá. En esto se fue aquel dia, y al siguiente, juntos los Senadores, hé aqui una gran tropa de mugeres, que sin mas preambulos, à grandes voces alegaban, y pedían, que lo mas conveniente sería determinar, que una muger tuviera dos, ò tres maridos; y para esto alegaban razones, daban gritos, y andaba el alboroto. Los Senadores atónitos: ¿Qué es esto, decían, mirandose unos à otros, estas mugeres estan locas? Por dónde ha venido esto? Papyrio entonces, puesto en medio, les dixo lo que el dia antes le havia pasado con su madre, como por guardar el secreto, y por verse libre, le havia fingido aquello, y la havia engañado, y que ella sería la que havia hecho aquel alboroto. Recibieronlo con aplauso, y con risa, dieronle mil abrazos al muchacho, y volvieron à sus casas muy corridas las del secreto. ¡Oh, cuántas veces por una muger sola se han levantado mayores, y mas dañosos alborotos!

Por último, hay otro modo peor, y mas pernicioso de descubrir secreto: (D. Th. 2. 2.) De hablar, digo, lo que se debiera callar, con que se peca mortalmente contra el octavo Mandamiento; los chismosos, digo, los que llevan, y traen, los cuentistas, los que siembran la perversa cizaña de la discordia, gente llena de maldición: *Susurro maledictus, multos enim turbabit pacem habentes.* (Eccl. 18.) Lenguas, que toda la ira de Dios, todo su aborrecimiento las abomina, y las detesta, aun sobre las mas enormes, y graves culpas: *Sex sunt que odit Dominus, & septimum detestatur anima ejus.* (Prov. 6.) Seis cosas aborrece Dios, dice Salomón, però la septima la detesta, y la abomina con toda su indignación. Y siendo las seis culpas gravísimas, ¿quál será la septima, que tanto enojo causa à su Magestad? *Eum qui seminat inter fratres discordias;* el cizañero, el chismoso, que siembra discordias. Estos, pues, son los que muy en ademán de amistad, como que no dicen nada, traspasan el corazon, encienden las llamas de los odios, ò pierden el alma, ò las almas: *Verba susurronis quasi simplicia, & ipsa perveniunt usque ad interiora ventris.* (Prov. 18.) ¿Qué le haveis hecho à fulano, que dixo de vos esotro dia mil males? Pienas que es tu amiga fulana? Pues no lo muestra, que se puso à decir en tal visita unas cosas; è no quiero decirte las. ¡Oh, lenguas, en que puesto el mismo demonio, por ellas consigue lo que por sí mismo no pudiera! Trae de allí el chismoso, ò la chismosa, lleva de aqui, y arde el fuego, las almas se abrasan. ¿Qué riñas entre los casados? ¿qué discordias entre los parientes? ¿qué ceños entre los que eran amigos? qué

qué revoluciones en las casas; qué alborotos en las familias? ¿qué enconos en las Comunidades? Y si se averigua, qué es todo? Es un chismoso, que lleva, y trae; es una cuentista, que trae, y lleva. ¡Oh, Dios, qué pecado, y qué pecados! Si yo no tuviera oyentes temerosos, pintára aqui una herreria, que pinté alguna vez; solo digo: yá veis esa calle de Tabuba, qué ruido de limas, y de martillos; ¿pues quereis que toda la calle quede en silencio? Cesen del todo por dos dias los fuelles en las fraguas, no haya fuelles, y vereis al punto mudos los dientes de las limas, quietas las mazadas de los martillos, y todo en silencio. Cesen los fuelles de los chismes, y las casas, y las familias, y los linages, y las Comunidades, todo quedará quieto: *Cum defecerint lingua, extinguetur ignis, & susurronis substracto jurgia conquiescent.* (Prov. 26. 20.) Almas, almas, que se condenan muchos por este pecado. Aparecióse el demonio en forma humana à una vieja, y ofreciendole mucho dinero, le encargó, que turbára la paz entre dos casados. Hizolo ella volando con llevarle al marido no sé que cuentos de su muger, y à la muger otros cuentos de su marido, y à tres dias yá estaban ardiendose. (Spec. ver. ex. 6.) Dióle el demonio las gracias à la vieja, diciendola en tres dias has conseguido tú lo que yo no he podido en muchos años, y por paga se arrebató à la vieja para el infierno. Un Obispo, llamado Valduino, (Ibid. ex. 10.) que vivió, y murió con fama de gran santidad, havia puesto no sé que discordias entre las Ciudades de Luca, y Pisa: apereció despues en gravísimas penas en el purgatorio, y dixo, que aquellas penas las padeceria hasta que del todo se acabasen aquellas discordias.

Por último refiere Fray Bernardino de Busto, (Quadr. fer. 4.) que en un Monasterio murió una Monja, que se aventajaba à todas las demás en penitencias, y austeridad de vida, por lo qual era venerada de todas por santa. Enterraronla, y al dia siguiente, entraron las Monjas à hacer oracion, vieron que su sepultura estaba quemada toda, y humeando en negros carbones. Espantadas, y atónitas avisan al punto à su Abadesa, ésta hace llamar à su Prelado; viene, y haciendo descubrir la sepultura, hallaron el cuerpo todo convertido en cenizas, y salió tan intolerable hedor, que nadie pudo parar allí. Cogió aparte el Prelado à la Abadesa, preguntándole, ¿qué vida havia tenido aquella Monja? Y ella, despues de referir sus virtudes, solo le añadió, que muy à menudo me venia à contar los dichos, y los hechos de las Monjas, y que con esto fue muchas veces causa de discordias, y de que se quebrára la caridad en el Monasterio. Pues basta, dixo el Prelado, está la miserable sepultada en el infierno, porque aunque tuviera mas penitencias que todos los Anacoretas, todas sin caridad, nada le aprovecharon. En el Monasterio quedó por muchos años vivo el escarmiento. ¡Oh, y si en esta sepultura quedáran sepultados los chismes, las

cizañas, y los cuentos; para que en todos floreciera la paz; para que reynára la caridad, para que viviera la gracia!

PLATICA LIII. DE LA MALICIA, Y DAÑOS de la mentira.

A 8. de Mayo de 1692.

SI no viera que es muy difícil de ajustarlo, tratára yo hoy aqui en secreto un gran casamiento. Sé muy bien desde luego, que la novia tiene muchos maridos, y con todo eso tambien sé, que no ha de haver uno solo que quiera ser su desposado. Repugnancias parecen las que digo; presto me confesarán que es clara; y patente verdad lo que propongo. El caso es, que tiene el diablo una hija muy querida suya, su primogenita, y trata de casarla, anda buscándole marido; havrá alguno que quiera casarse con ella? Jesús (me dirán todos haciendose mil Cruces) ¿tal se pregunta? tal se propone? De ninguna manera, quién havia de querer casarse con una hija del diablo? No basta tener al diablo por diablo, sino tener al diablo por suegro? Eso de ningun modo. Miren que la desposada parece que tiene calidades apetecibles, porque ella tiene buena cara, se compone muy bien, tiene por sí grandes galas de todas telas, y colores, y con una gran propiedad, que sin que cueste dineros, sin que sea menester sacar nada de la tienda, se engalana como quiere, se compone, y se viste. Mas es tan mañosa, que à todo quanto hay se acomoda, à quanto la aplican, à qualquiera ocupacion, à qualquier exercicio, à qualquier trabajo, y así consigue en el mundo todo quanto quiere: es tan poderosa, que tiene mucha entrada en las casas de los ricos, gran cabida entre Príncipes, y Caballeros, lugar, y preeminente, en los estrados de señoras; y lo que es mas, gran valimiento, y estimacion en todos los Palacios: ¿qué mejores calidades para muger propia? Yá; però despues de todo, si ella es hija del diablo, quién havia de querer casarse con ella? Quién havia de querer contraher un tan maldito parentesco? De ningun modo. Con que no hay un desposado. ¿Ni uno? Pues qué fuera, que los mismos, que así se niegan à tan infame casamiento, esos mismos estuvieran yá de hecho con esa hija del diablo casados? Qué fuera, que no haviendo uno que se declare por esposo, son muchísimos los que en efecto son yá sus maridos? Ahora declaremonos: Esta hija del diablo es la mentira: *Mendax est, & pater mendacii,* (Joan. c. 8. 44.) Es el padre de la mentira el demonio, con una generacion tan horrible, que si el Eterno Padre, dice S. Agustín, engendró al Verbo Eterno, verdad infinita; por el contrario, el demonio engendró de toda su malicia, de todas sus astucias, y marañas à la mentira: *Quo-*

mo de Deus Pater genuit Filium ut veritatem: sic diabolus lapsus genuit quasi filium mendacium. Ahora, pues, ¿qué piensan que hacen todos los que dicen mentira? Casarse con esta hija del diablo. ¿Hablas mentira? Pues ya es el demonio tu suegro, y eres yerno del diablo, pues estás casado con su hija. Hay de estos maridos ¡oh, cuántos! Vén aquí, pues, aunque no quieras, ajustado el casamiento. Todos los mentirosos están casados con la hija del diablo, infame parentesco, que solo él basta para ponernos un horror inmenso a la mentira: *Cavete, fratres, mendacium*, dice San Ambrosio (*lib. de Abraham*) *quia omnes, qui amant mendacium filii sunt diaboli*. Y ya, si no hay quien, quien quiera declararse esposo; ¿cómo hay para esta hija del diablo tantos maridos? Es lo mismo que preguntar: ¿si tantos dicen mentira, cómo nadie quiere que se lo digan? Si un mentir se tiene por la mayor deshonra; un mentís, cómo no será la deshonra mayor? Que bien lo dixo un Poeta: *Mentiris tantum, qui dedecus esse putatis: Mentiri quare creditis esse decus?* Decirle a un hombre que miente, se tiene por el mayor oprobrio; ¿pues cuánto será no decirse lo, sino que en la verdad sea mentiroso? ese sí que es el oprobrio mas infame, dice el Espíritu Santo: *Opprobrium nequam in homine mendacium*. (*Eccl. 20.29.*) Y ya, qué hijos tan desventurados son los que produce en el mundo este maldito casamiento? *Filii scelerati, semen mendax*. (*Isai. 57.*) Todas las desdichas, males, y desventuras que padecemos.

Qué cosa sea mentira, todos lo saben: aunque pone todo cuidado la mentira en no ser conocida: mentira es decir, o hacer contra lo que se siente para engañar. No solo de palabras, y escritos hay mentiras, hay también mentiras de obras; con señas también, y con acciones se miente. Y estando lleno el mundo de esta pestilencial inundación! *Maledictum, & mendacium in inundatione ruit*. (*Offeas 42.*) Para conocer quan graves son los daños, y para hacer algun concepto de quanta es su enorme malicia, pongase a pensar un rato siquiera con el entendimiento lo que no podemos alcanzar con el efecto. ¿Qué dicha fuera si por un año solo quedaran del todo desterradas del mundo las mentiras! Oh, Dios, que remedo de una bienaventuranza sería la que gozáramos! Por una parte faldria desterrada la mentira, y entraria toda la felicidad por la otra. Considerad un poco: si no hubiera mentiras en los Juzgados, los Tribunales cómo estarian de rectos? Todos sus Ministros, qué ajustados, qué abreviadas sus dilaciones; qué deshechas sus trampas, qué acabados sus pleytos, y todas sus sentencias, qué limpias? Si no hubiera mentiras en las tiendas de Oficiales, y Mercaderes, qué seguros serían los comercios, los tratos qué sinceros, las pagas qué puntuales, las compras qué lisas! Si no hubiera mentiras en todas las casas, qué bien gobernadas de los unos, y qué bien servidas de los otros andarían las familias! qué sinceras las amistades! qué puras las correspondencias, qué pacíficos los matrimonios, qué sin dobleces las conversaciones, y

qué desterrados los vicios! Y ya, si todo esto falta, porque reyna la mentira; luego la mentira solo es la que tiene perdido el mundo, la mentira la que causa todos los daños, la mentira la que acarrea todos los males, y la mentira la que fomenta todas las culpas.

Yá ha sucedido no hallarse en una Ciudad quien quisiera hacer el oficio de verdugo, hasta que dieron los Jueces por arbitrio, que se pusiese una máscara para no ser conocido el que huviese de hacer tan vil oficio, y así se hallaron no pocos que lo fueran. Pues esto mismo ha hecho el demonio, ponerles con la mentira una máscara a todos los vicios, para que con esta máscara de la mentira pierdan los hombres la vergüenza. Qué bien dixo el que llamó a la mentira máscara del diablo: *Larva demonis*. Y si no, veanlo. Tapa el ladrón su infamia con la mentira, con las mentiras se oculta el deshonesto, manteniéndose con las mentiras el trampofo, solapanse con las mentiras las injusticias, logranse con las mentiras los fraudes, y aseguranse con las mentiras todos los delitos: en la mentira se pone la esperanza de adquirir los bienes que se buscan: *Posuimus mendacium spem nostram*; y en la mentira se pone la confianza de escapar de los males que se temen: *Et mendacio protecti sumus*. (*Isai. 28.*) A todo hace la mentira, a todo hace; todos los vicios, todos los pecados, mentiras mas enormes, y feos, se acogen a taparse con la máscara de la mentira. ¡Ah, si un día amaneciera el mundo sin esta máscara, qué de vicios se huyeran de corridos, y qué de culpas se acabarían de avergonzadas! Y ya, si el que encubre a los ladrones, hurta con las manos de todos; si el que ampara a los homicidas, con las manos de todos mata; si Saulo, en sentir de S. Agustín, apedreó a S. Estevan con las manos de todos, porque les guardó las capas; ¿quánta será la malicia de la mentira, que todos los vicios encubre, que todas las culpas ampara? Luego peor es la mentira que todas las culpas, peor que todos los vicios juntos, pues a todos juntos los tapa, los fomenta ella sola. ¡Oh, qué malicia!

Dividese en mentira *perniciosa*, o *dañosa*, aquella con que se hace al proximo algun daño. Mentira *oficiosa*, aquella, con que se le procura hacer algun bien, defenderlo, o agradarlo. Mentira *jocosa*, o *burlesca*, quando por entretenimiento, por divertir el tiempo, se miente. Y como quiera que sea, siempre la mentira es pecado; grave la dañosa, si el daño que ella causa es grave. *Noli arare mendacium adversus fratrem tuum*, nos dice el Espíritu Santo. (*Eccl. 7.13.*) Ara, y siembra contra sí gran cosecha de desventura, quien con mentiras hace daño grave a su proximo. Pero culpa venial las otras dos mentiras, la *oficiosa*, y la *jocosa*. Mas con propiedad de demonio, nunca se puede desnudar la mentira de su malicia. Reparen mucho, y ponderen esto: se nos prohíbe el jurar, pero con todo hay casos, en que no solo se puede, sino que se debe hacer el juramento: se nos mandan guardar las fiestas; mas todavia hay casos, a de grave necesidad, u otros, en que el no guardar

darlas es licito: se nos manda obedecer, y focorrer a nuestros padres; pero hay lances, en que el no focorrerlos no es culpa alguna, y lances, en que aun es obligacion el no obedecerlos: se nos prohíbe el horrible pecado del homicidio; pero con todo esto no pocas veces en un Juez, el quitar la vida a un hombre, es acto de virtud, y de justicia: se prohíbe la fornicacion; pero ya en el matrimonio es licita; se nos veda el infame pecado del hurto; pero con todo esto, en extrema necesidad tomar lo ageno preciso para el focorro, no es culpa: se nos veda quitar la honra al proximo con nuestras palabras; pero en llevando fines buenos, u de su remedio, u de su castigo a quien le toca, con las debidas circunstancias, no peca aunque la quite. Pero a todo esto, la mentira quando es licita? Nunca; en qué caso se puede mentir? En ninguno; hay circunstancias, que desnuden de su malicia a la mentira? Ningunas. Puede haver necesidad grave, extrema, u de la propria vida, u de las vidas de todo un mundo, u del bien, y remedio de toda la República, u de la honra de todo un linage, en que por necesidad se pueda licitamente mentir? No se puede; siempre la mentira es mala, siempre aborrecible a Dios, siempre culpa: *Odisti omnes, qui loquuntur mendacium*. ¡Oh, malignidad de demonio tan entrañada en la mentira, que jamás puede desnudarla! Yá se vén toros, que aserradas las puntas, no logran con el golpe las heridas: yá se han visto leones, que cortados los dientes, y las uñas, no hacen daño, aunque espantan; yá se han visto vívoras, que cosida la boca, juegan con ellas, sin que puedan introducir su veneno; pero la mentira, siempre venenosa, jamás se pronuncia, sea en las circunstancias, sea en el caso, sea en la necesidad que se fuere, que no sea con daño del alma: (*Sap. 1. 11.*) *Os quod mentitur occidit animam*.

Ea, no pondere tanto, Padre, me dirán, que bien sabemos que la mentita jocosa, de chanza, y la mentira oficiosa no es culpa mortal, solo es culpa venial. Así es, yo no os lo niego; pero siendo así, ¿por qué será, que en las Divinas Escrituras, sin hacer distincion de si la mentira es dañosa, o jocosa, a todos, a todos los mentirosos se les anuncia el castigo, y la pena eterna? David: *Perdes omnes qui loquuntur mendacium*. El Apocalipsis: *Idolatriis, & omnibus mendacibus pars illorum erit in stagno ardenti igne, & sulfure*. Salomón: (*Prov. 19.9.*) *Qui loquitur mendacia peribit*. Pues si no todas las mentiras son pecado mortal, ¿cómo a todos los mentirosos sin distincion se les anuncia la muerte eterna? (*Corn. in c. 20. Eccl. v. 27.*) Es reparo de nuestro doctísimo Cornelio, y responde: porque aunque las mentiras jocosas, y oficiosas sean pecados veniales, pero habituada la lengua a esas mentiras, facilmente se pasa a las dañosas, que quitan la honra, la hacienda, o la vida, y a las que pierden sin remedio el alma: (*Eccl. 34.4.*) *A mendace quid verum dicetur*, dice el Espíritu Santo. El que se acostumbra a la mentira, cuándo dirá verdad? ¡Oh,

desventurada costumbre! Y a la verdad vemos, que las mentiras son como las guindas, rara vez sale una sola, tirais de una guinda, y se vienen trás de ella diez. Así son las mentiras: echais una mentira oficiosa, repugna el otro, trávasela porfia, y no pocas veces por defender una mentira leve, se enfiertan quatro, o seis mentiras dañosas, perniciosas, y graves. O que yo solo suelo mentir por contar un cuento, por hacer reir, y divertirnos. ¡Oh, qué motivos para un Christiano! Caminaba Santo Tomás con otro Religioso, y éste de repente, muy en ademán de admiracion: Mirad, dixo, mirad aquel buey, que vá volando; levantó el Santo la vista, y el otro a ese tiempo mismo la rifa. ¿Pues un buey creéis que pueda ir volando? Mesuróse, y respondióle: Me pareció mas facil, que volara un buey, que dixerá una mentira un Religioso. Lo mismo dixerá yo de un Christiano; una mentira quien conoce a un Dios, fuma verdad, y quien sabe, que de la verdad le ha de pedir cuenta? *Veritatem requiret Dominus*.

No; yo si las he echado alguna vez, es por hacerle bien al otro; es porque mi marido no azoté a mi hijo; es porque no haya pesadumbre. Mentiras oficiosas, (¡oh, Dios!) y esos motivos pensais que os escusan? Si un hombre corre a ampararse de tí, dice San Agustín, (l. 2.) y no hallas otro modo para defender su vida sino con decir una mentira, debes no mentir, aunque el otro pierda la vida; aunque perdieras tú la vida propia, añade el Espíritu Santo: *Pro anima tua non confundaris dicere verum*. Envió Maximiliano veinte Soldados en busca del Santo Prelado Anthimo, Obispo de Nicomedia, (*Surius 27. Ap.*) porque deseaba quitarle la vida por gran defensor de nuestra verdadera Fé. Los Soldados, sin conocer al Santo Obispo, se entraron en su casa, hospedóles el Santo obsequiosísimo, dióles de comer quanto mejor pudo; tantos agasajos les hizo, que ya ellos presos en los afectos, no sabian como mostrarle agradecidos, quando yá para despedirse, preguntan a su huésped: Si conocia a un Anthimo, Obispo de los Christianos, porque traian orden de llevarlo preso al Emperador, que deseaba quitarle la vida? Cómo si lo conozco? Responde el Santo: Yo soy ese que buscáis, aquí me teneis. Pasmados, y atonitos quedaron al ver esta constancia; y no pudiendo yá mas de admirados, y de agradecidos: Ea, dicen pues quedate ahí, que le diremos al Emperador, que despues de buscar por todas partes a Anthimo, no hemos podido hallarle: Eso no, replicó el Santo Obispo, que a los Christianos no es permitido decir jamás mentira. Llevadme, llevadme, y sin que ellos pudiesen detenerlo, se fue con ellos, y dió entre terribles tormentos la vida, por no permitir una mentira leve. Y por una riña, y por una palabra aceda, y quatro azotes a un muchacho, tantas mentiras? ¡Oh! no os falgan, mugeres, alguna vez a la cara con mas graves daños. (*Math. Rader. Aul. Sane t. c. 16.*) Presentaronle al Emperador Theodosio el Menor

una manzana de portentosa hermosura, y grandeza. El al punto con cariño de esposo llevóla à la Emperatriz Eudoxia. Esta por ser aficionada à las buenas letras, dióla à un insigne Varon en todas ciencias, llamado Paulino, à quien estimaba tambien mucho Theodosio. Paulino, pareciendole que aquella manzana era digna de ser presente Real, fuese al Emperador, y dióla; tomala asustado Theodosio. Ocultala, vase al punto à la Emperatriz: ¿Qué hicisteis, señora, de la manzana que os presenté? Turbóse algo, y no havia de qué, que era honestísima, y virtuosa, y Paulino un Varon muy modesto, y quando respondiera la verdad, paraba todo en quexillas de amor. Pero turbada en fin: me la comí, respondió. ¿Os la comisteis? Pues de vuestra garganta debió de pasar entera à mis manos. ¿Conoceis esta manzana? Enmudeció confusa; vuelve las espaldas Theodosio, y al punto hace matar à Paulino. Y veis aqui toda la Corte confusa, todo el Palacio alborotado, y à la pobre Emperatriz le dió tal vida, que por no perderla, se vió obligada, lo que restaba, à retirarse à Jerusalén. Una mentirilla que parecia nada, hizo tal alboroto, y tanto daño? ¡Oh, si sirviera à las mugeres todas de escarmiento!

Y yá, ¡qué ganancias, qué logros son los que ponen tantas en las mentiras tan estudiadas, que ha hecho la política Cátedra de mentiras en los Pretendientes! *Docuerunt linguam suam loqui mendacium.* (Hier. 9.) Y porque no se quede sola en los Palacios, yá el Oficial para trampear sus obras, yá el Mercader para efectuar sus ventas, y yá el pobre para conseguir sus limosnas, ¿qué de mentiras? Pues qué logro han de tener sino miserias? *Qui nititur mendaciis, hic pascit ventos, & idem sequitur aves volantes:* (Prov. 10. 4.) todo se les deshará entre las manos à los que hacen sus ga-



nancias de mentira. Por mas que le parezca que amontonan, llegará la cuenta, y hallarán mentiras por ganancia. (Prov. 12. 17.) *Non inveniet fraudulentus lucrum.* Por mas que le parezca al pobre, que mueve los corazones con esas mentiras, lo que mueve es la ira de Dios con sus mentiras para su castigo. Mejor es ser pobre, que mentiroso: (Prov. 19. 22.) *Melior est pauper, quam vir mendax.*

Refiere Niceforo en la Vida de San Epifanio Obispo, (Hist. Tripart. l. 9. c. 5.) que yendo por camino este Santo Prelado, unos mendigos de los que à mentidos remiendos mienten necesidades, que de estos suele haver no pocos, previniendo, que havia de pasar por allí su Santo Obispo, para mover mas su piedad, y asegurar mas la limosna, trazan entre sí, que uno de ellos se haga muerto, y el otro pida para su mortaja, y entierro. Tiendese el uno à hacer su papel, y empieza el otro con fingidas lágrimas su clamor. Llega el Santo Prelado: y muy compadecido despues de hacer oracion por el muerto, dióle al vivo una buena limosna, y pasa adelante. Yá iba le-xos, y entonces: Buena la hemos echado, levantaos, hombre: ¿Qué no oís? Os haveis dormido? Llega, estíralo, llamalo, y hallalo muerto. Atonito corre entonces yá con verdaderas lágrimas, alcanza à su Obispo, arroja-se à sus pies, confiesa su mentira, refiere lo sucedido; pero à todo el Santo Prelado respondele severo: No hay burlas con Dios. Anda, y entierralo, que eso ganan los que tratan mentira. ¡Oh! y no fuese tantas veces la muerte tambien eterna la que ganan! Dilectísimos míos, si la verdad es hija de Dios, busquemos con la verdad un Padre tan infinitamente amable, que toda nuestra Bienaventuranza nos la tiene prevenida, en que gocemos su eterna verdad en la Gloria.

DE LOS SANTOS SACRAMENTOS EN COMUN. PLATICA PRIMERA.

DEL NUMERO, DIGNIDAD, Y AUTOR SOBERANO de los Santos Sacramentos.

Dia de la Ascension del Señor à 15. de Mayo de 1692.

A Buena ocasion, hoy que se abren los Cielos para el mayor triunfo, los hallamos tambien patentes en la tierra para todo nuestro remedio: hoy, que se franquea en el aplauso de nuestro Redentor toda la gloria, nos dexa su Magestad en la tierra francos los tesoros todos de su gracia: hoy, digo, que llenos de regocijos los corazones celebran la admirable Ascension de nuestro Salvador, suben tambien nuestras almas, si de contingencia de nuestra explicacion, por seguído necesario aplauso de su triunfo, en el logro feliz de sus Santos Sacramentos. Alto, pues, y si lo que se hace con toda facilidad, y prontitud, decimos que se hace volando, volando nos podemos todos ir al Cielo: nadie ponga dificultad en las alas, quando tenemos tan en nuestra mano los vuelos. Acabamos la explicacion de los diez Mandamientos; esto es haver yá puesto la escala, por donde se sube à la Gloria: entramos yá en la explicacion de los Santos Sacramentos, esto es emprender yá la misma subida para el Cielo. Sea, pues, hoy, no solo dia de la Ascension, sino dia de las ascensiones; subamos, no solo con la consideracion de nuestro Redentor triunfante à la Gloria de las esferas, sino con la atencion tambien, y el buen logro de sus Soberanos Sacramentos, à las esferas de la Gloria. Dichofo aquel, exclama el Profético David, parece que mirando este dia, esta doctrina, estos oyentes, y estas circunstancias, dichofo Señor, aquel, que ayudado de tus auxilios, ha fabricado en su corazon para subir los escalones: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensionis in corde suo disposuit.* (Psalm. 83.) Aquel, explica Genebrardo, que en su corazon ha puesto yá la escala de los Divinos Mandamientos: *Ascensiones, id est, semitas tuas alias, tuae praecepta, & leges.* (Geneb. ib.) No parece que habla con nosotros. Mas como no basta solo

tener yá la escala, sino subirla: dichofo, prosigue San Agustín, el que por esa escala, así yá preparada, emprende la subida: ¿y qué subida? Aguardad: ¿quando fue la primera vez, que en la tierra subió nuestro Redentor: qual fue en la tierra su Ascension primera, para enseñarnos despues su Ascension à la Gloria? Fue esa Ascension, dixo San Mathéo, quando salió de las aguas del Bautismo: *Tunc ascendit de aqua.* Pues esa es la subida que nos anuncia el Profeta, dice el Doctor Grande, que subamos por los Sacramentos en la tierra à la gracia, para subir despues con Christo en su triunfo à la Gloria: *Ut cum Christo baptizati statim ascendamus de aqua, tandemque cum eodem in Caelum.* (Aug. ap. Lor. ib.) Lo uno se sigue de lo otro, porque es empeño, (dá la razon David) es empeño del mismo que nos enseñó el camino, que nos dé la guia; de quien nos puso la escala, que nos dé la mano para subirla; y de quien nos dió la ley, que nos dé tambien con sus Sacramentos la gracia, y la benicion: *Etenim benedictionem dabit legislator.* Si caímos, para levantarnos con la Penitencia (explica Lyra) la benicion: si lo buscamos, para alentarnos con la Eucharistía, que es el Sacramento de toda la benicion de Dios: *Sacramentum benedictionis*, como lo llama con los antiguos Padres nuestro Raynaudo: y las beniciones tambien, si oyendo las Doctrinas de sus Sacramentos, atendamos en ellas à buscar el aumento de las virtudes. El Caldéo leyó así: *Benedictionibus operiet Deus eos, qui immorantur in doctrina legis suae.* (Ap. Lorino) Llenará Dios de sus beniciones à los que persisten en la Doctrina de su Ley Santa. ¿Y para qué tanta benicion? Dícelo el Profeta: *Ibunt de virtute in virtutem;* el Caldéo: *Ibunt de doctrina in doctrinam, de academia in academiam;* para que sea una benicion de Dios, vér, que como de una en otra doctrina ván adelantando las